Carlos Real de Azúa, ANTOLOGÍA DEL ENSAYO URUGUAYO CONTEMPORÁNEO, Tomo II. Departamento de Publicaciones de la Universidad de la República, Montevideo, Uruguay, 1964, pp. 359-362.

Luis Pedro Bonavita (1903)

En 1958, la **Crónica general de la Nación** se constituyó en uno de esos libros que (en los módicos términos uruguayos) pueden llamarse un "éxito de librería" y de opinión. Reeditado poco después, Luis P. Bonavita pareció haber alcanzado con él, el "libro de su vida". Es decir: esa organización de afirmaciones, de opiniones, de inferencias que en todo hombre reflexivo y a la vez articulado (a la vez capaz de exponer atractivamente sus reflexiones), van sedimentando, morosamente, los años, la experiencia, el contacto íntimo, vivencial con la realidad. Una realidad que, en el caso de Bonavita, (como ya su título lo decía), es la de la sociedad nacional entera, vivida y conocida en muy diversos niveles.

Antes de ese libro, Bonavita había adquirido una discreta pero sólida reputación de hombre limpio y de trabajo, de periodista, de ocasional aunque ardoroso polemista histórico. Maragato de origen blanco, como su pariente y amigo Francisco Espínola, descendiente también de combativos partidarios y guerrilleros, Bonavita hizo, desde 1928, diarismo en EL PAÍS, a cuya redacción responsable accedió en 1948, retirándose siete años más tarde. Entre 1955 y 1960 colaboró irregularmente en el mismo periódico, hasta que la decisiva pero no imprevisible transformación de sus posturas políticas le llevó, en 1961, a escribir en ÉPOCA, a atender en MARCHA una columna semanal de temas agropecuarios y a ser candidato senatorial del Frente de Izquierda de Liberación.

Aunque en 1958 se había publicado la polémica **La sangre de Quinteros** que con su tío, el historiógrafo batllista Luis Bonavita sostuvo, Luis Pedro Bonavita es, y sobre todo desde el punto de vista ensayístico, el hombre de un solo libro.

En la cresta de esa ola de afán por conocer lo nuestro que es el signo de la actividad cultural creadora del país en la última década, la **Crónica** no pudo dejar de sorprender por la manera feliz con que fundía, en la cálida experiencia personal de un uruguayo entrañable, ideas y temas que en manos y bocas de otros eran (y serían) puras, yertas formulaciones intelectuales. Daba forma directa y accesible, para comenzar, a las tesis del "revisionismo histórico" y fijaba en el artiguismo el gran movimiento agrario y popular conculcado después por la estafa ideológica del patriciado unitario, por la preeminencia urbana, por la deformación latifundista. En esta dirección, Bonavita se inscribe en una corriente ya copiosa y a la que ha adherido un valioso sector de las últimas generaciones.

Pero también, al soslayo del ruralismo patronal a que ya se ha hecho referencia (véase noticia sobre Julio Martínez Lamas), Bonavita da voz en ese libro al ruralismo de los pequeños productores agrarios, de formación tradicional, de reflejos anti-monopolistas y querencia extraurbana. Si pudiera usarse un término de amplia significación histórica, podría decirse que Bonavita es un "cobbetiano" y, como tal, un enemigo del gigantismo estatal o empresario, un devoto de las realidades primarias de la tierra, la familia, el trabajo, un adversario natural del desarraigo humano que la industria produce, del consumo acelerado, de la mecanización onerosa, de todo lo que descentre al hombre de un ritmo seguro, pausado, enquiciado en sí mismo, en su capacidad de asimilación, de reflexión, de experiencia. Agréguese, como corolario inexorable de esta actitud, su despego de toda ideología hecha, impositiva, y la preeminencia axiológica de la "sabiduría" sobre la "información", de la "cultura" en su más etimológica, telúrica acepción sobre una "instrucción" puramente intelectual y cuantitativa.

Los textos de **Crónica general de la Nación** que aquí se seleccionan, inciden en algunos aspectos capitales del pensamiento de Bonavita. La concepción del país uruguayo como ente de mesura y de armonía, reñido con todos los planteamientos mediatizadores de un desarrollo tecnográfico de confección, se acerca mucho a algunos hermosos planteos de Zorrilla de San Martín sobre este ámbito nuestro **a la medida del hombre** y en radical divergencia con los extremismos, las fatalidades americanas del desierto, la selva, la cordillera. También muestran un conocimiento de lo campesino, de lo "paisano", esencialmente directo, diríase amoroso, una "comprehensión" identificadora de todo lo que de la tierra sube, de lo que la tierra dicta. Se infiere de ellos —sígase— la específica protesta contra una situación que ha ido agravándose desde que estas páginas fueron escritas. Una situación que lleva a colocar a nuestras naciones como pacientes en una mesa de operador, bajo la mirada glacial, y la cirugía a menudo simplista de tecnócratas y burócratas internacionales. El correlativo reclamo de soluciones propias, ajustadas a nuestra realidad, el encono a un **pensamiento de visita**, de **turismo**, de **calcomanía** (en realidad de tan dilatada acción en toda nuestra historia) enfatiza la tónica verazmente nacionalista de toda la posición de Bonavita, tanto más marcada, paradójicamente, desde su abandono de los aparatos partidarios que se reclaman de tal calificativo.

Igualmente se encontrará en estos textos la saludable, visceral resistencia de quien, probablemente sin el equipo intelectual más completo, insurge contra las dualizaciones políticas tajantes, contra esos grandes rótulos con cuyo contraste tantos juegan, tantos especulan, tantos se ayudan a cegarse a lo que en torno suyo —desde hace medio siglo— ocurre. También podría verse cómo, en Bonavita, la conciencia de un "Tercer Mundo" de naciones avasalladas y marginales penetra en esos esquemas y ya los destruye sin remisión, ya los relativiza hasta dejar en claro hasta qué punto importan la argumentación

táctica de las naciones y las fuerzas monitoras y satisfechas, la exorcisación de todas las tentativas a través de las cuales esas naciones relegadas buscan, trabajosamente, formas instituciones más acordes a su voluntad de liberación.

Las páginas que siguen anuncian —es fácil verlo— la profunda influencia que en la evolución intelectual de Bonavita habrían de tener el aplastamiento de la Revolución guatemalteca y el curso, asediado pero triunfal, de la Revolución cubana. Y con ellas, la solución del conflicto latente (que en alguna nota sobre su libro se apuntó: MARCHA, nº 922) entre la orientación implícita de sus ideas y las solidaridades que aun ataban a Bonavita al sector político y a la prensa más hostiles a ellas. (Aunque tampoco sería honrado callar que entre las nuevas afinidades políticas del autor y esas ideas —según en **Crónica** se estampan— existen también —y muy sustanciales— contradicciones).